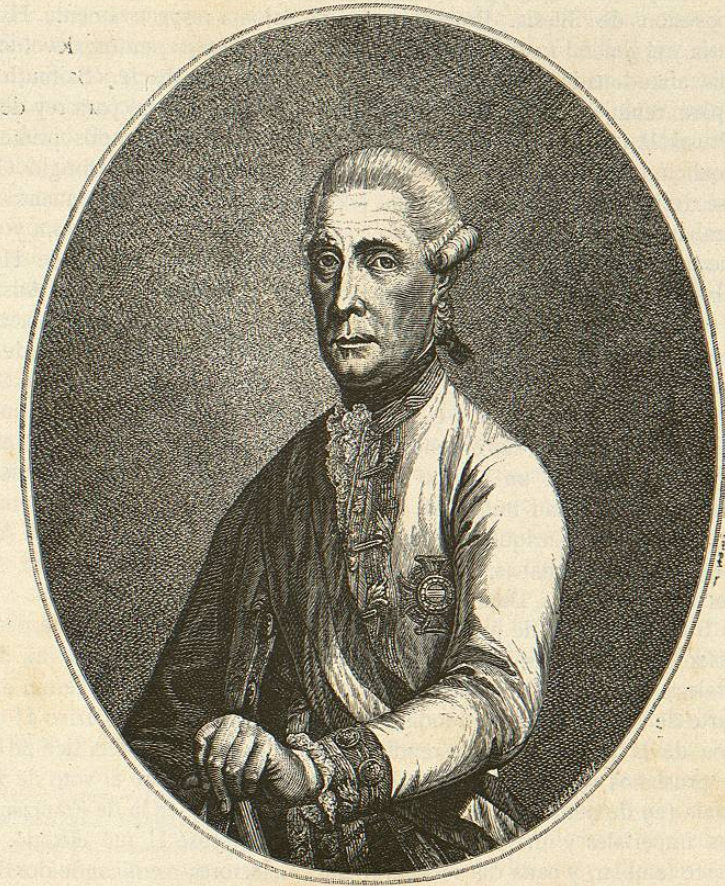


rimentado eran enormes, y el ejército se componía, en su mayor parte, de elementos heterogéneos. Las arcas de su tesoro estaban vacías, habiendo tenido que acudir á medios condenados de consuno por el derecho de gentes y por las costumbres de los pueblos de Europa. Ya en 1758 los cuatro millones de thalers de los subsidios ingleses habían sido aumentados hasta once, y los judíos berlineses, Efraim é Itzig, acuñaban monedas falsas de Sajonia, Mecklemburgo y de otros Estados. Sajonia fué esquilada por los prusia-

nos: mas de 10,000 reclutas tuvieron que entrar al servicio de Prusia; la contribucion se elevó, en 1759, á dos millones de thalers, y Leipzig solamente se vió precisada á aprontar 800,000 escudos. Tampoco obtuvo buen éxito el rey en sus negociaciones diplomáticas. En todas partes se vió obligado á estar á la defensiva, y las tentativas de paz, como el proyecto de un congreso de aliados, no pudieron evitar la continuacion de la guerra.

El Austri adurante el invierno, aumentó todavía su ejército.



Ernestus Gideon Baro de Laudon  
 Regii Ord. Militaris Theresiani  
 Ap. M. a Secretioribus Consiliis  
 et unius Legionis  
 Magnae Crucis Eques S. C. R.  
 Generalis Campi Marschallus  
 Pedestris Chiliarcha

El general Laudon, retrato dibujado por F. B. Durmer, 1766

Daun ejercia el mando en Sajonia y Laudon en Silesia: el primero tenia la mision de detener al rey prusiano en Sajonia, y el segundo debia unirse, en la Alta Silesia, con los rusos mandados por Buturlin, y proteger á unos ó á otros, segun le fuera posible. Daun y Lacy, aun despues de la partida del rey de Prusia, permanecieron en Sajonia sin emprender nada, y Laudon, que queria atacar á Federico en su campamento de Schweidniss, no pudo obtener la cooperacion de los rusos. Buturlin regresó á Polonia y solo dejó á Laudon 12,000 hombres. Federico II, creyendo que la campaña habia terminado, abandonó sus posiciones y se dirigió hácia el Sudoeste hácia Munsterberg. Cuando Laudon supo que estaba bastante léjos, se lanzó, durante la noche del 30 de setiembre al 1.º de octubre, sobre la fortaleza de Schweidnitz y se apoderó de ella. Este golpe afortunado fué el triunfo mas im-

portante que consiguió el Austria durante la campaña de aquel año, pues á él debió la posesion de la mitad de la Silesia. Federico II se dirigió, entonces, al Norte, para proteger por lo menos á Breslau y la Baja Silesia, pero sus esperanzas de que Laudon se retiraria, no se vieron confirmadas. El rey no se atrevió á librar otra batalla, limitándose á disimular su impotencia y á proteger, en cuanto le fué posible, los territorios prusianos. Lo que en aquella ocasion le salvó fué su perseverancia y la separacion voluntaria de sus enemigos, y sobre todo la muerte, acaecida en 5 de enero de 1752, de la emperatriz rusa Isabel, que hasta sus últimos momentos se mostró irreconciliable adversaria de Federico. El sucesor de Isabel, Pedro III, se inclinaba por el contrario mas á los prusianos que á los austriacos; y á pesar de que recibia una pension de María Teresa, trabajó siempre contra la alianza austriaca, co-

mo lo experimentaron á menudo los austriacos, pues los generales rusos, teniéndolo en cuenta, no quisieron nunca que sus ejércitos se expusieran á tener ninguna baja de consideración. Muerta Isabel, los rusos recibieron inmediatamente la orden de no proseguir la campaña, y el emperador declaró á los aliados, en 23 de febrero de 1762, que deseaba la paz y que renunciaba á toda conquista. En efecto en marzo se firmó un armisticio y en 5 de mayo un tratado de paz entre la Rusia y la Prusia.

Rusia devolvió las comarcas prusianas conquistadas y garantizó á Federico la posesión de Silesia. Proyectóse además una alianza con Prusia y el general ruso Chernicheff, que pocos meses antes había abandonado á Laudon, salió en 2 de junio de Thorn para reunirse con Federico II. Suecia también firmó con Prusia la paz, y como Francia la deseaba asimismo, la gran coalición, que con tanta habilidad había combinado Kaunitz, se deshizo completamente. María Teresa y Kaunitz se encontraban solos en la lucha contra Prusia, y comprendieron que no era posible la desmembración que habían ideado de las comarcas prusianas. Por esto lucharon únicamente para conservar, por lo menos, el condado de Glatz ó la parte de Silesia que estaba en poder de las tropas austriacas. Pero la campaña de 1762 no fué propicia á sus deseos. Daun recibió el mando de Silesia y el mariscal Serbelloni el de Sajonia, teniendo éste á sus órdenes al príncipe Carlos de Stolberg que mandaba un cuerpo del ejército imperial. A pesar de su superioridad numérica, los austriacos nada consiguieron. El príncipe Enrique de Prusia logró dividir las tropas austriacas y las alemanas, arrojando á estas últimas hasta la Franconia. En Silesia, Daun, después del combate desgraciado de Burkersdorf (21 de julio), se vió obligado á evacuar sus posiciones de Schweidnitz, sin poder evitar el cerco de esta fortaleza, y conservó únicamente la posesión de una pequeña parte de Silesia y la del condado de Glatz. Los últimos sucesos de la guerra fueron la rendición de Schweidnitz á los prusianos (9 de octubre), y la batalla de Freiberg, en Sajonia (29 de octubre), en la cual fueron derrotadas las tropas imperiales y una parte de las austriacas. «Todo esto me hace temblar, y cada día veo empeorarse nuestra situación,» escribía María Teresa, la cual hubo de tolerar que Federico II estableciera sus cuarteles de invierno en Leipzig y que sus tropas penetraran en Franconia y llegaran hasta Nuremberg y Regensburg. Las noticias que del ejército francés se tenían eran todavía peores; pues había tenido que abandonar el Hanover y Hesse y en 15 de noviembre había firmado un armisticio con los prusianos. A pesar de todo, las esperanzas concebidas por Federico II de obligar al Austria, con auxilio de los rusos, á firmar la paz, no se vieron realizadas. Pedro III de Rusia fué destronado en 9 de julio y asesinado á los ocho días; y aunque la emperatriz Catalina que le sucedió conservó las buenas relaciones con Prusia, se negó á tomar parte en la guerra.

María Teresa tenía indudablemente medios bastantes para continuar la guerra contra Prusia; pero, del mismo modo que sus aliados, estaba cansada de luchar, además de que la hacienda austriaca necesitaba que cesara por algún tiempo toda política belicosa. La guerra costaba anualmente unos 50 millones; la deuda pública se había aumentado desde 1761, en 88 millones, á pesar de que Francia desde 1759 había pagado 82.600.000 libras de subsidios (1). La población había sufrido también importantes pérdidas; pues el Austria, sin contar con los soldados muertos en las fortalezas, en los hospitales y en el cautiverio, había perdido en las batallas de 80 á 100.000 hombres.

(1) Schlosser, II, 317.

Desde que Inglaterra, Francia y España firmaron, en 3 de noviembre, los preliminares, deseó también María Teresa firmar cuanto antes la paz con Prusia, valiéndose para ello de la mediación de Sajonia que era la que mas la necesitaba. Un patriota alemán, el baron de Fritsch, consejero secreto sajón, supo inducir á Federico II á que firmara la paz, comenzando las negociaciones en 30 de diciembre de 1762 en el castillo sajón de Hubertsburgo (2), siendo el consejero áulico Collenbach, el consejero de la legación Hertzberg y el baron de Fritsch los representantes de Austria, de Prusia y de Sajonia respectivamente. Hubo diversidad de pareceres en los siguientes puntos: devolucion del condado de Glatz, reversion de Ansbach y Baireuth al Brandeburgo, y elección del archiduque José para rey de Romanos; pero por fin el Austria cedió en los dos primeros y Prusia en el último. A la consulta que le dirigió Collenbach, contestó María Teresa: «Apruébese todo cuanto pueda contribuir á la pronta resolución de este asunto,» y en efecto, en 15 de febrero de 1763 se firmó la paz de Hubertsburgo entre Austria, Sajonia y Prusia. Esta y el Austria se garantizaron mutuamente la posesión de sus respectivas comarcas alemanas; se ratificaron los tratados de paz de Berlín y de Dresde; María Teresa renunció al condado de Glatz y el rey de Prusia prometía, en cambio, apoyar con su voto la elección del archiduque José. La Sajonia y todo el Imperio alemán entraron en el tratado de paz, pero Sajonia, á pesar de todos los esfuerzos del Austria, no pudo obtener compensación alguna de los sacrificios hechos durante la guerra. El territorio fué evacuado y el elector regresó á su país, donde murió pocos meses después.

La consecuencia inmediata de esta guerra fué la elección del archiduque José como rey de Romanos, que en vano había pretendido María Teresa en años anteriores. Por los buenos servicios de Federico II consiguieron en esta elección la unanimidad que hacia tiempo no se había visto, pues en la de Carlos VI faltó el voto de Baviera, en la de Carlos VII el de Bohemia y en la de Francisco I los de Brandeburgo y el Palatinado. José II fué elegido, en 27 de marzo, por los nueve electores, verificando dos días después con los archiducos su entrada triunfal en Francfort, en cuya ciudad se habían reunido, hacia meses, un gran número de electores, ministros, embajadores y cortesanos para prestar homenaje y asistir á la fiesta de la coronación, que se celebró con toda la antigua pompa alemana. Los electores de Maguncia y de Colonia fueron los que mas llamaron la atención por el fausto que en aquella ocasión desplegaron. De Austria acudieron el príncipe Wenceslao de Liechtenstein, como comisario imperial; Bartenstein, como comisario de la corona; el conde Pergen, como embajador en las posesiones avanzadas alemanas; el conde Waldstein, como emisario electoral bohemio; los príncipes Auersperg, Esterhazy y Schwarzenberg; el canciller del Imperio, conde Colloredo; el intendente mayor de palacio, conde Khevenhüller, y una multitud de jóvenes de la nobleza. La comitiva y el acto de la coronación (3 de abril de 1763) produjeron una impresión admirable, á pesar de ser ya tradicional el lujo que la corte austriaca desplegaba en estas ceremonias. En la comitiva iban el emperador y el rey de Romanos, llevando este último con majestuoso porte la corona que le estaba un poco ancha. Por vez primera podía José II regocijarse del júbilo popular, y escribió después á su madre: «Voy á hacer todo lo posible para que el pueblo no se arrepienta nunca de la alegría que experimenta por tenerme por soberano.» Al día siguiente de la coronación, nombró el emperador, para conmemorar la

2) Beaulieu-Marconnay, *La paz de Hubertsburgo*, 1871.

fiesta, gran número de príncipes del Imperio, contándose entre ellos los condes Rodolfo, Colloredo, José Khevenhüller, Carlos Batthyany y Wenceslao Kaunitz, el canciller de Estado. La corte salió de Francfort el día 10 de abril, dirigiéndose á Viena.

Los resultados de la guerra de Siete años no fueron favorables al Austria, á causa de la fragilidad con que había sido organizada la coalición, de la inseguridad en el gobierno ruso y en el nombramiento de los generales que no pudieron resistir á la maestría que en el arte de la guerra mostró Federico II.

La Prusia no había perdido ninguna porción de territorio, mientras que el Austria no pudo conservar siquiera el condado de Glatz que sus tropas habían ocupado. Bajo el punto de vista político, tampoco debió de quedar el Austria muy contenta del éxito de la lucha, por mas que sus hombres de Estado hubiesen considerado como una fortuna el tratado de paz. Federico II se había conquistado entre los alemanes la fama de un héroe nacional, y la admiración con que se le contempló hizo olvidar la miseria y las calamidades que el pueblo sufría y las violencias cometidas en Sajonia. La nueva política que desde 1756 había adoptado el Austria hizo que María Teresa apareciera como una soberana ambiciosa de conquistas, no obstante que su deseo se limitaba á reconquistar territorios que de antiguo habían sido su patrimonio y que por la guerra le habían sido arrebatados. Con profunda pena, pero sinceramente, renunció á toda esperanza de reconquistar la Silesia, y conservó un natural horror hacia toda ulterior guerra, á pesar de haberse cruzado Prusia varias veces en su camino. Ambos soberanos dedicaron su preferente atención á cicatrizar las heridas causadas por la guerra y á fomentar la prosperidad del pueblo por medio de la agricultura, del derecho y de las leyes.

### III.—LA CORTE Y LOS MINISTROS

Cualidades características de María Teresa.—Hofburgo, Schonbrun y Laxemburgo.—Francisco Estéban, gran Duque de Toscana y emperador alemán.—El Archiduque José y sus esposas.—Ulefeld, Bartenstein y Federico Harrach.—El canciller de Estado, Kaunitz.—El conde Chotek y el conde Hatzfeld

Pocas reinas han dado tantas pruebas de abnegación, de confianza y de cariño como María Teresa (1). Los embajadores extranjeros, venecianos, prusianos y holandeses hablan á menudo de su talento, de su carácter, de su valor y de su profundo y recto juicio en las cosas públicas. Al comenzar su reinado la miraron como una joven débil y tímida; ¡cuán diferente se mostró después! Se puso al frente del Estado como no lo hubiera hecho quizá un hombre y lo condujo segura y enérgicamente así en la prosperidad como en la desgracia. No había ambicionado el poder. «Con júbilo, decía en un escrito, hubiera sido simple gran duquesa de Toscana, si hubiese creído que así lo quería Dios; pero ya que me designó para llevar esta pesada carga del gobierno, he tenido por máxima el ayudarme y dirigirme allí donde pudiera encontrar algunos recursos, considerando que así lo debía hacer.»

Este sentimiento del deber, las devotas creencias, el noble orgullo y la confianza en la fuerza dinástica, han sido los rasgos característicos de los Habsburgos, y María Teresa

(1) Ranke, *Revista histórico-política*, 1835, II, 690 (Delos papeles del gran canciller Fürst). Podewils, *Relaciones de 1746 á 1748*. Memorias de la Real Academia de Viena, 1850. Arneth, *María Teresa y las relaciones venecianas*, fontes XXII, 1863. Adolfo Wolf, *El Austria en el reinado de María Teresa*, 103 76.

aventajaba á la mayor parte de sus antecesores por su tenaz perseverancia, por su carácter abierto y por el talento con que sabía tratar á las personas. Nunca se apoderó de su corazón el enervante é inútil desaliento, ni aun en los momentos en que la suerte se le mostró mas adversa. Las lágrimas que en la Dieta de Presburgo derramó fueron lágrimas de emoción, no de desesperación ni de temor. Su mayor gusto hubiera sido haberse encontrado en los campos de batalla. Durante la primera guerra, y cuando la abandonaron sus aliados, quería proseguir la lucha. En aquellos años de aflicción, había aprendido á amar y á aborrecer y se había familiarizado con el difícil arte de disimular y de proceder con egoísmo. En la política exterior, cuando se violaban los tratados y las garantías, se escudaba en «la bondad de sus derechos,» y entonces perdió la confianza que le había inspirado el arepago de las potencias europeas. La alianza con Rusia y Francia hizo renacer su fe en los aliados y le devolvió la tranquilidad y la esperanza. Sus ideas sobre la monarquía y sobre el poder de los monarcas pertenecían á los confines de dos épocas; había heredado los sentimientos absolutistas de sus antecesores, pero su absolutismo no era el caprichoso despotismo de Luis XV, ni el poder militar de un déspota como Federico II. Armonizaba los intereses de su dinastía con los del Estado. «Así como quiero á mi familia y á mis hijos, escribía, hasta el punto de no dolerme para ellos diligencia, pena, cuidado, ni trabajo alguno, así también procuro hacer todo el bien posible al país, porque creo que debo procurar su bienestar, por ser la madre comun de mis súbditos.» No tenía afición ninguna á las reformas, pero no se negó, cuando fué necesario, á cambiar y á mejorar algunas cosas. Ella fué el primer Habsburgo que puso al Imperio por encima de las provincias, al Estado por encima de la representación provincial, es decir al todo por encima de las partes. No centralizó la Constitución, sino la administración, y esto para robustecer la fuerza militar y agrícola del Estado, consiguiendo que se reconociese al Austria como una monarquía con la comunidad de intereses de los pueblos austriacos. Las provincias se sometieron á la soberanía del nuevo Estado y del nuevo gobierno, que en un principio habían sido mirados como carga insoportable, en provecho del bienestar y de la libertad comunes. En la misma Hungría, donde reinó desde 1765 María Teresa como reina absoluta, prevaleció el sentimiento de la comunidad y de la sumisión.

En el Austria alemana, los Estados, especialmente la nobleza, se sometieron incondicionalmente á la voluntad de la emperatriz. El ejército la rodeó de una popularidad militar; el clero reconoció sus sentimientos religiosos y su respeto hacia el poder de la Iglesia, y el pueblo la miraba con entusiasmo, con amor y con respeto. Su gobierno consiguió grandes éxitos en el exterior y en el interior. «Cuando la emperatriz María Teresa subió al trono, escribía en 1755 el gran canciller Fürst, lo encontró todo en el mayor desorden; y una guerra de ocho años no era lo mas á propósito para levantar la hacienda. ¿Qué otro soberano hubiera podido llevar las cosas al punto en que hoy las vemos? Aun en los tiempos futuros se reconocerá que María Teresa fué una de las mas grandes reinas del mundo: la casa de Austria no ha tenido otra igual.»

Una gran parte de los triunfos que consiguió fueron debidos á su amable y animada personalidad: los retratos que han pintado Möller, Meytens y Mateo Donner, son contemplados aun actualmente con interés y admiración: los mas bellos son los de Meytens y su escuela (1747-1760) y en ella se ve un rostro redondo y agraciado, con ojos grises, una boca correctamente dibujada, una frente despejada y una barba redonda: un velo echado hacia atrás cubre sus